

EL JINETE DE LA PIEZA PERDIDA

Javier CH Correa

Image not found.

Capítulo 1

Con mis hermanos comparto el pan

Mis enemigos comen de mi ojal

—Gigatrón, “Rollo Primitivo”

—*Lo que no me mate, te hará desear que lo hubiera hecho*—

Proverbio múrgol.

La tropa mercenaria, los `Huronos Ye-ye´, llevaba días sitiando un pueblo. Los motivos no importaban, alguien les había pagado para tomarlo y ese era su trabajo. Durante ese tiempo, el equipo de ingenieros compuesto por dos personas; un goblin y su asistente becario, había tratado de montar la catapulta desmontable que habían comprado recientemente en Iqueda. El plan era lanzar *catapultazos* hasta que el poblado se rindiera o presentara batalla, evitando así el lanzarse contra el muro de aglomerado que lo rodeaba, pero montar la catapulta se estaba retrasando demasiado y Frocundsôn, un múrgol de los de la antigua escuela, originario de Morgonia y Kaudillo de la tropa, se estaba poniendo nervioso.

Por fin, Adsaref, el goblin encargado de los ingenieros irrumpió en la tienda donde Frocundsôn y sus dos oficiales estaban.

—*Faltános´a pieza* —dijo sacudiendo el plano de montaje al aire como una conclusión cuyo proceso desconocían los de la tienda.

—¿Qué? —respondió Frocundsôn, con una voz como una sierra oxidada, aún más profunda gracias a una cicatriz en la garganta.

—*Ou falta´a pieza. Por´so´fae tantos problemas. Vedélo*—, dijo poniendo el plano en las narices del múrgol.

Este se lo quitó de un manotazo y lo analizó, pero sólo veía un galimatías de dibujos de piezas y flechas sin sentido

—*Falta´a junta´a trócola. A petza tré. Por eso nae´encajáabanos´as petzas* —protestaba el goblin.

—Bueno, pues *solucionarlo* rápido —repuso el Kaudillo devolviéndole el

plano.

—Nae podo joder! Ese ´s ´el problema. Falta ´a pieza clavei. Fay ou volvera tenda ´o richiestar ´a —protestó.

Adsaref apenas rebasaba el metro de altura y Frocundsôn era más de dos metros de múrgol, fuerte y ancho en todas las direcciones, de facciones bastante atemorizantes acentuadas por cicatrices y varias protuberancias óseas que le surgían de forma irregular en la cabeza. Su armadura de placas, propia de los Juggernaut, toscamente forjada, carente de decoraciones excepto por los pinchos que cubrían casi toda la superficie, pero hecha a conciencia para resistir lo que sea, le proporcionaba más volumen y *cafrismo*.

El goblin no se sentía intimidado en absoluto, en parte por la confianza que sentía tras varios años en la tropa y mayormente por la ausencia de sentido común que tiene el ser goblin. Haría un picnic en un campo minado sin temblarle el pulso.

—No me jodas Adsaref, ¿no me digas que no podéis hacer nada sin esa puta pieza? —rugió gravemente el Kaudillo—. Me parece absurdo. Tengo un pueblo por tomar y resulta que todo se retrasa por... ¿un mero problema de mal servicio?

—Mirálo com ´keras, ou sin ´esa petza ´questo nae furula. Nae podemos facerla nos cou ´s complicada. Normalmente traenla do Turizar e vale ´n pastón. Quanto ´ntes mandes ´alguien oe ella, mejor.

—¡Una mierda! —gritó irritado Frocundsôn, enseñando amenazadoramente de forma inconsciente los grandes dientes que constituían su prominente mandíbula—. Mis guerreros tienen cosas más importantes que hacer que ir a reclamar nada. Id vosotros.

—Nae pué ser. ´stamos ´ocupados ou resto ´l montaje. Suomos dos, e tenémonos ou fer a tota faina. Deixa o dar per culo e mandáte alguien mientras o tenemos toto ´a punto —replicó el goblin en el mismo tono irritado.

—Acabemos cuanto antes —le aconsejó Ghuteval, uno de sus dos lugartenientes—. Manda a uno fiable y que sea rápido. Aquí hace mucho calor.

—Es inútil discutir con un goblin. Estos cabrones no atienden a intimidaciones´, pensó Frocundsôn.

—Está bien. Busca a un voluntario y que vaya rápido.

Adsaref salió de la tienda a paso ligero y dio un berrido terrible:

—*¡FAE FALTA O VOLUNTARIO OU INMEDIATA MISIÓN!*

Por supuesto muchos se ofrecieron. Todos en los `Huronos´ eran bravos seguidores del Trú metal ansiosos en servir y cumplir cuantas misiones posibles.

El goblin observaba a los voluntarios a través de unas gafas redondas de las que cubren totalmente los ojos, los cuales habían sido sustituidos tiempo atrás por unos homólogos Golémnicos hechos en cuarzo, mejorados con varios hechizos que le ayudaban en sus tareas *ingeniéricas*. Los analizó con uno de esos hechizos para verlos más en detalle. Tras unos segundos de evaluación, se fijó en un Juggernaut de aspecto duro, grande, al cual reconoció porque él mismo le había sustituido hacía unos meses el brazo derecho por uno de golem y fijado al cuerpo de forma bastante tosca y chapucera. Recordaba que era uno de los más tercos y obcecados.

—*Túl* —le llamó.

El múrgol se acercó al paso ligero.

—Juggernaut Vólox —se presentó en tono marcial.

El goblin le dio las instrucciones necesarias y lo puso a la carrera con toda la prisa del mundo. Vólox se sintió orgulloso de haber sido elegido, incluso para una misión tan chorra como esta. Quién sabe, quizá moriría en transcurso y podría ir al otro lado, a formar parte del ejercito de los dioses guerreros. Cogió su casco, montó en un Llabalí y partió raudo a cumplir su misión.

Afortunadamente el almacén estaba a pocas horas, pero a él le costó más porque se perdió en un par de ocasiones, tras las cuales llegó al inmenso almacén del Iqueda, a las afueras de Lubreda, dónde se almacenan y comercia con todos los objetos que ese Imperio Mercantil tiene a la venta por la zona. Tuvo que dar varias vueltas hasta que encontró la manera de entrar y una vez dentro se topó con una cola enorme de gente esperando a ser atendidos en Reclamaciones, muchos de ellos relacionados con la milicia, a juzgar por su aspecto.

Tras una larga espera que se extendió dos horas largas se hizo con el mostrador, donde un desmotivado dependiente le atendió.

—¿En qué puedo ayudarle? —sonó la voz monótona y carente de interés del dependiente.

—Necesito recoger una pieza para esta catapulta. Es esta —respondió Vóllox con voz *gravirrota* mostrándole el recibo de compra y la guía de montaje, con el dibujo de la Junta de la Trócola marcada con un carboncillo.

—Muy bien señor, pero tendrá que esperar unas semanas porque la pieza viene de Turizar. Cursaré la orden y en unos días recibirá la notificación.

—¡Que qué! —la respuesta no hizo nada feliz al múrgol— ¡La necesito ya, debo volver con ella! —respondió ante la perspectiva de volver con las manos vacías y por lo tanto, con una misión fracasada.

—Lo siento, no puedo darle la pieza, no la tenemos aquí. Deberá esperar. También puede ir usted mismo a recogerla en persona a Turizar si lo desea.

—No voy a ir a ningún lado a por nada —respondió alzando el volumen de la voz.

—O si quiere le podemos cambiar la catapulta por otra nueva. ¿Ha traído la suya? —contestó en el mismo tono *monocrómico*.

—¡No! No he traído la mía. Porque solo necesito esta pieza. ¿Por qué no la coge de cualquier otra catapulta? Tengo prisa.

—No puedo hacer eso señor, es altamente irregular. Deberá esperar entonces. Siguiendo.

Para Vóllox volver sin la junta de la Trócola era una deshonra y eso no lo podía considerar ni hartos de años. No un Juggernaut. La única manera en que un Juggernaut fracasara era muriendo, y mientras siguiera vivo conseguiría cumplir su misión como sea.

—Mira niño —le dijo mirándole fijamente, mostrando los dientes de forma bravucona—, vas a darme la puta pieza o la cogeré yo. ¿Está claro?

El chaval comenzó a sentirse incómodo.

—Tranquílcese... —comenzó a decir. Por desgracia eso es lo peor que se le puede decir a alguien que ya está nervioso.

—¡Estoy tranquilo! —gritó el múrgol con la venas del cuello hinchadas. Las espinas óseas estriadas que le salían a lo largo de la mandíbula eran ahora más visibles y amenazadoras, dada la tensión muscular. El dependiente retrocedió unos pasos asustado y, Vóllox, viendo que el tema no daba más de sí, saltó por el mostrador y cogió al chaval por el cuello

de la ropa

—¿Dónde está esa puta pieza?

El dependiente no pudo sino gritar auxilio

—¡Seguridad! ¡Seguridad!

—Joder, así no ayudas en nada —se quejó. Cargó al chico al hombro y se metió rápidamente por la puerta que tenía justo detrás que daba al almacén antes de que llegaran los guardias, ante los gritos y quejas del resto de clientes que esperaban a ser atendidos.

—¿Dónde es? ¡Guíame o te arranco la cabeza! —ordenó al asustado zagal.

—No me pegue, sangro mucho, soy hemofílico —lloraba.

Vólox lo zarandeó con fuerza y le volvió a interrogar.

—¡Dónde es y rápido!

El muchacho levantó una temblorosa mano indicando uno de los pasillos. Ya se podían oír los gritos de la guardia entrando en la sala de espera preguntando que pasaba, y multitud de voces hablaban y protestaban a la vez. Vólox se dirigió por donde el chico le guiaba, a través de los laberínticos pasillos llenos de cajas, arcones y personal trabajando duramente en el transporte o archivado mercancías, empujándolos sin ningún reparo a su paso.

Tras varias vueltas llegaron a la sección "Armas de asedio" en la que podían verse numerosas cajas enormes de madera con los símbolos de catapulta.

—Es eso —lloriqueó el mozo.

Vólox no se lo pensó dos veces. Comenzó a golpear con su brazo de metal, poderoso como un yunque y tras varios golpes, la madera cedió, dejando a la vista las piezas de lo que componía una catapulta de asedio.

—Ayúdame a buscar la puta pieza —le ordenó, lanzando por el aire todas aquellas que no eran lo que buscaba.

Iluminada por un haz de luz que provenía de alguna parte, una especie de tuerca dentada con varios niveles, no más grande que su puño, yacía la pieza, semioculta entre otras muchas. Sin ningún tipo de rito, Vólox la

agarró.

—Sácame de aquí antes de que haya mucha sangre. Probablemente la tuya.

—Ya es tarde para eso —respondió a eco una voz al otro extremo del pasillo. Allí había por lo menos cinco guardias, incluyendo un oficial, ataviados con armaduras de cuero, una espada corta ya en la mano y un escudo redondo en la otra. Todos ellos tenían pinta de ser auténticos veteranos, y solo los dioses sabían qué había pasado para que cayesen en desgracia terminando sus días de servicio como seguridad mercantil.

—Deja la pieza esa, entrégate pacíficamente y espera a recibir la notificación pertinente —dijo el que parecía el oficial.

—Nunca —respondió lúgubremente Vólox mientras tomaba su casco que colgaba del cinto.

Lentamente, como en una liturgia, se lo puso y la parte frontal del casco, una máscara tosca y agresiva sustituyó su rostro. Para los Juggernaut esto era su tótem. La máscara era su segunda cara, su rostro de batalla y ambos tenían un vínculo especial; ellos mismos lo forjaban como parte final de su iniciación en la tropa de élite. Así mismo, cuidaban de ella como si fuera su escroto. Sin ella, perdían su identidad y su honor *forever-and-ever*.

Los guardias esperaban la orden para atacar. Vólox profirió un rugido atronador que resonó por los pasillos "Menaje" y "Batamantas" y heló la sangre de cuantos estaban en el de bricolaje, su cuerpo se tensó, la venas se engrosaron, pataleó el suelo con las pezuñas y se golpeó el pecho, todo con la intención de entrar en estado de euforia. La adrenalina fluía por su cuerpo al ritmo del corazón hiperbolizado, su juicio se nubló, una nube roja eclipsó su mente y sin más aviso cargó como una bestia contra los guardias exclamando su grito de batalla

—¡BUKAKEEEEE!

Los guardias, parapetados tras sus escudos recibieron el impacto, pero fue tan fuerte que salieron despedidos en todas direcciones como un juego de bolos. Cayeron al suelo con varias contusiones e incluso algún hueso roto. El mismo oficial, que al haber estado en primera línea recibió la mayor parte de la carga, cayó al suelo muy malamente, siendo pisoteado sin piedad por las pezuñas del múrgol.

Automáticamente Vólox dirigió su ataque hacia uno de los guardias que se había puesto en pie y se protegía tras el escudo como un niño tras una sábana. Un golpe de revés del múrgol con su golembrazo de cobre reforzado mandó el escudo a tomar viento y rompió el brazo, un segundo

puñetazo le hundió el pecho y lo desplazó por el aire unos metros hasta chocar con una de las estanterías, provocando que cayeran un par de cajones.

Otro de los guardas aprovechó para clavar la espada hasta el mango en la espalda de Vólox , el cual, aunque sintió la sensación del acero cortando y penetrando en su carne, apenas sintió dolor alguno gracias a su estado de euforia. Se giró, lo cogió con ambas manos, lo levantó por encima de su cabeza y lo estampó violentamente contra el suelo, rompiéndole varias vertebras; el pobre hombre quedo inmóvil, inconsciente y más muerto que vivo. Los otros dos atacaron a la vez, desde diferentes lados, lanzando fuertes y precisos golpes. Vólox conseguía bloquear los del de la derecha, con el golem brazo, pero los otros le acertaron un par de veces en pecho y brazo, amortiguados, en parte, por la carne y hueso excepcionalmente duros de los múrgol, cubierta por una piel dura como cuero. El guardia intentó un tercer ataque, pero fue interrumpido por una patada con la pezuña de manera que le acertó en plena cara, partió la mandíbula salpicando dientes y sangre, y cayó de espaldas a peso muerto.

El último, viéndose solo ante tal mala bestia, dejó de golpear para intentar huir, pero no hubo manera; en cuanto fue a retroceder, un impacto lateral le devolvió a la realidad y lo estampó contra otra estantería, quedando encajado dentro de un gran arcón de "Bodas y Bautizos".

Todos estaban derribados, había sangre por todas partes y numerosos cajones habían sufrido algún tipo de daño. Pero la vehemencia *ultraviolenta* seguía invadiendo a Vólox , así que la descargó golpeando cuanto encontró a mano, más cajones, paredes, estanterías, un puesto de castañas...

Contra todo pronóstico, uno de los del mostrador de quejas apareció por el pasillo blandiendo una enorme ballesta, que seguramente había sacado del pasillo "Armas a distancia de mano".

—Nadie, lo que se dice nadie, se lleva nada del almacén sin el formulario correspondiente —gritó.

Vólox cargó nuevamente en dirección a él, aprovechando que aún le quedaba ira sin gastar. El fulano de la ballesta disparó, la saeta voló directamente hacia el múrgol, impactando con un sonido metálico justo en el hombro del golem miembro sin causar el más mínimo efecto.

El dependiente heroico se dio cuenta demasiado tarde de su error, cuando la masa del múrgol que lo superaba por más de un metro y en plena ira llegó a su altura.

Vólox le arreó un guantazo a mano abierta de arriba a abajo que le hizo

hasta rebotar en el suelo.

Ya solo se oían a lo lejos las voces de quejas de la gente que esperaba en la sala de atención al cliente. La rabia salvaje se le estaba pasando y comenzaba a sentir el dolor de todas las heridas que había sufrido, especialmente la de la espada en la espalda, que sangraba abundantemente. Pero no tenía tiempo para quejarse; ya le curarían en el campamento.

Vólox salió de allí corriendo, montó su Llabalí y cabalgó directamente al campamento durante otras cuatro horas, en lugar de dos, por perderse.

Cuando llegó al campamento, ya de noche, vio que estaban recogiendo el tenderete.

—¿Qué pasa? ¿Nos movemos? —preguntó a uno de sus compañeros del metal.

—A buenas horas vuelves, *s´ha acabao* la guerra —contestó el otro—. Los Encargados del pueblo y el que nos contrató han llegado a un acuerdo, así que se acabó. Nos vamos.

—*Per fin ´pareixesi* —sonó la voz del goblin—. *Bueeno, á proxima vés tendrémola lista* —añadió tomando la junta de la Trócola—. *Bon traballo guerrero, veste a curandero ou veate ´saséridas* —añadió antes de largarse examinando su pieza.

Vólox no tenía claro si había tenido éxito o no. Había conseguido su objetivo, pero habían ganado la batalla sin él. Que confuso era todo, sobre todo con la pérdida de sangre.

—¿Puedo irme ya, señor? —preguntó angustiado el dependiente, que por algún motivo se le había enganchado en la armadura.